

La transmisión del significante

Norberto Rabinovich

Publicación original: Imago Agenda. N° 200.

Ed. letra Viva – 15 de enero de 2017

Hace algunas décadas los científicos empezaron a decodificar la información genética “escrita” en el ADN cuya información es “leída” por el organismo vivo que la recibe convirtiéndose en guía de su constitución biológica. A esta propiedad se la llamó “universalidad del código genético”, aunque dicha universalidad permanezca restringida solamente a las formas de vida conocidas hasta hoy.

En tanto psicoanalistas nos interesa otro tipo de transmisión, la que se transmite por la palabra. Más particularmente quiero me abordar en este trabajo la pregunta ¿cómo se transmite la función del significante y la ley del lenguaje?

Si partí del modelo de transmisión genética, es porque en el lenguaje humano encontramos una estructura basal, universal a todas las lenguas, que, a pesar de su pertenencia a una estructura simbólica, se comporta de manera similar a los genes; una especie de ADN lingüístico que vehiculiza, de generación en generación, una información codificada sin necesidad de ser conocida, ni comprendida por los sujetos que la transmiten como tampoco por quienes lo reciben. Me refiero a la estructura fonológica del lenguaje y de las unidades articulatorias que componen cada fonema. Jakobson, precursor y guía de estas investigaciones, dice así: “La constancia- ya sea invariable o aproximativa- que puede observarse en la cronología relativa de ciertas oposiciones fonológicas adquiridas por el

niño, encuentra una íntima correspondencia en las leyes estructurales de las lenguas de todo el mundo y facilita la interpretación de esas leyes.”¹ Se trata de la transmisión de leyes simbólicas, en tanto forman parte del lenguaje, que ningún ser humano creó, que rigen más allá de los límites de tal o cual cultura y cuyas propiedades se transmiten sin saber.

A diferencia de la información que trasladan los genes, un signo, una huella, una señal, una palabra, una frase, o cualquier elemento que oficie una función simbólica se define por re-presentar algo ausente en el mensaje. En cambio, los fonemas transmiten su información de manera similar a los genes. Son elementos que carecen de significancia y solo vehiculizan algo del lenguaje por su presencia en el habla. No necesitan ingresar al campo del saber para cumplir su misión, aunque el ser hablante se ajusta puntillosamente a los dictámenes que regula su estructura.

Todo esto tiene profunda importancia en el psicoanálisis. La función fonológica no tiene “relación” con el inconciente freudiano, es lisa y llanamente su soporte real. Las unidades del campo de lo reprimido que Freud denominó *Sachvorstellungen*, “representaciones-cosa” (no porque re-presenten cosas sino porque ellas mismas se comportan como cosas y no como símbolos de otra cosa) y las leyes descritas por él acerca del funcionamiento de los “procesos primarios inconcientes”, se corresponden estrictamente con los descubrimientos que la fonología hizo poco tiempo después que la teoría freudiana saliera a la luz. Por su parte, el núcleo de la enseñanza que hizo Lacan del campo freudiano se sostuvo en torno a los desarrollos de la lingüística. Cuando Lacan adelantó su fórmula de que “el inconciente está estructurado como un lenguaje”, cernía su aforismo a la dimensión fonológica del lenguaje. Es por el sistema fonológico que el

¹ R. Jakobson Lenguaje infantil y afasia. Ayuso. Madrid. 1974. Pág. 10

inconciente es lenguaje. “La instancia de la letra” fue el modo que Lacan privilegió para referirse al fonema cuando definió el estatuto lingüístico del inconciente. Esta precisión no es un detalle teórico sofisticado sino un soporte esencial de nuestra práctica. Para alcanzar algo del inconciente por medio de la interpretación, dijo Lacan:

[el psicoanalista] *debe hacer esta distinción como esencial, de dos niveles pretendidamente lingüísticos: el uno comportando la inherencia de la significación, el otro que la excluiría: **oposición de la palabra y el fonema.***²

La escucha del analista agudiza los oídos simultáneamente a los dos niveles por donde pasa la información de lo que enuncia el analizante - el sentido del dicho y el registro fonológico de la palabra- a fin de revelar al emisor lo que dice sin saber. Esto se obtiene poniendo entre paréntesis la intención significativa de la palabra y tomarla a la letra.

*En el discurso analítico, se trata siempre de lo siguiente: a lo que se enuncia como significante se le da una lectura diferente de lo que significa.*³

Pero cabe aclarar que entre el sistema fonológico del que hablan los lingüistas y la estructura literal del inconciente concebida por el psicoanálisis, existe una cuestión capital que divide las aguas de ambas disciplinas, algo que llevó a decir alguna vez a Lacan que no hacía lingüística sino lingüistería. El psicoanálisis encontró que las *Sachevorstellungen* tienen una íntima relación con el goce pulsional. Es lo que Freud explicó al decir que lo esencial del síntoma, en tanto transporte simbólico de lo reprimido, es llevar a su meta una carga de goce pulsional. Por ello, más allá de considerar al significante solamente como un instrumento de comunicación de la información colectivizada, el psicoanálisis anuda la problemática del lenguaje con la función del sujeto.

² J.Lacan. Sem.XII. *Problemas cruciales del psicoanálisis*. Clase 15. 12 mayo 1965

³ J.Lacan Sem. XX. *Aún*. Clase La función de lo escrito. 9/1/1973. Ed. Paidós. Arg. Pág. 49

La transmisión, propiamente dicha, del lenguaje humano alcanza su plena realización cuando el receptor se apropia, por así decir, del legado recibido y dispone de “al menos un significante” que lo represente como sujeto creador de significaciones en el universo del discurso

Los primeros fonólogos de la humanidad fueron, sin dudas, los escribas de los pueblos semíticos que crearon hace algunos milenios las primeras formas de escritura fonética que hoy llamamos alfabética. Hubo muchos sistemas de escritura anteriores (pictográfica, ideográfica e incluso silábica precursora lógica de la alfabética) pero la aparición en el mundo de la escritura alfabética y con ello la toma de conciencia de la estructura fonológica del discurso, constituyó uno de los acontecimientos históricos de mayor trascendencia en el destino de la humanidad.

El gran salto consistió en identificar y clasificar por medio de grafemas las unidades fonéticas mínimas que componen todo dicho, sin tener en cuenta la ligadura de tales elementos con campo semántico. El sistema de escritura alfabética no codifica sus elementos en virtud de su significancia, como las escrituras pictográficas, por ejemplo, sino a partir de las diferencias articulatorias del aparato fonador en la producción de unos pocos sonidos –letras- que, combinadas entre sí engendran el tesoro de los significantes siempre abierto a acumular más riqueza.

Si los creadores del alfabeto pudieron aislar el pequeño grupo cerrado de veintitantos fonemas – número que varía según las lenguas- y escribirlas con grafemas cada uno diferente a todos los otros, es porque ya, antes de ser decodificados, constituían el soporte material del lenguaje hablado sometido a las “leyes estructurales de las lenguas de todo el mundo”. Con lo que se deduce que la instancia de la letra alfabética en el ser hablante y la superficie topológica del sujeto donde ella queda grabada como

escritura, es un antecedente lógico del mencionado descubrimiento histórico del abecedario.

Un mensaje verbal puede estar formado por un solo significante y éste a su vez por un solo fonema, como por ejemplo “a” (empleada como preposición). Pero el fonema no es una unidad irreductible sino que está integrado por un conjunto de articulaciones – rasgos distintivos - del aparato fonador que intervienen simultáneamente en la composición singular de cada una de las letras. Por ejemplo, en castellano la /p/ es un fonema que entre otros incluye los siguientes rasgos distintivos: a) consonante (que se opone vocal) b) oral (que se opone a nasal), d) sordo (que se opone a sonoro) e) oclusivo (que se opone a fricativo). Además se la clasifica entre los fonemas “bilabiales” porque su articulación obstruye el paso de la emisión vocal con ambos labios, como la /b/. Se diferencia así de los fonemas labiodentales, como la /f/ o interdentes como la /y/, de los palatales como la /j/ y la /ñ/, etc. En cambio /m/ resulta de la participación de otro conjunto de rasgos distintivos tales como: a) consonante b) bilabial c) nasal d) sonoro... No me detengo más que en nombrar algunos de los términos que emplean los lingüistas sin extenderme en detallar las propiedades a las que se refieren, de las que hay abundante bibliografía. Sólo quiero indicar que la aparentemente simple información que transporta cada letra alfabética entraña una subterránea complejidad de elementos articulatorios y estrictas reglas de selección y combinación que se encuentran en todas las lenguas conocidas.

Con la enseñanza de Lacan hemos aprendido a identificar en el proceso de alienación del infante al lenguaje con los efectos de sentido de la demanda materna y detrás su oscuro deseo. Pero aunque el adulto al dirigirse al niño le hable en términos significantes, durante los primeros tiempos de

vida el infante no reconoce esos mensajes como significantes sino como bolsas cargadas de imaginario, y por consiguiente, no podríamos sostener que haya allí una verdadera transmisión del significante. Los animales domésticos también son hablados por sus cuidadores y, aunque algunos de ellos lleguen a comprender con gran sutileza los mensajes y comportarse en adecuación a los mismos, la comunicación entre ambos no es lingüística.

Ciertas investigaciones recientes acerca del proceso de adquisición de la estructura fonológica pueden resultar de valiosa ayuda en nuestro propósito. Los lingüistas advirtieron que entre los 6 y 9 meses, en la etapa pre lingüística del balbuceo, los niños son capaces de articular una cantidad de sonidos muy superior a los que están presentes en la lengua materna e incluso mayor que las existentes en todas las lenguas. Lo que resulta sorprendente, es que dicha capacidad se pierde en el preciso momento en que surgen las primeras señales de su adquisición de los sonidos del lenguaje propiamente dicho. A partir de un determinado momento, a veces precedido por un breve y poco perceptible tiempo de mutismo, el niño abandona la disponibilidad natural para emitir esa amplia gama de sonidos y se queda solo con aquellos que tienen cualidad lingüística dentro de la lengua materna. En ese tiempo, alrededor de los 12 meses, explica Jakobson, “se inicia la selección de los sonidos y la construcción del sistema fonemático, en un orden de sucesión estrictamente regulado y universalmente válido.”⁴

De todas formas no llegamos aún a la adquisición del sistema fonológico sino al de las distinciones fonéticas que son las primeras unidades lingüísticas incorporadas para la comunicación verbal infantil. Esta etapa, que se extiende aproximadamente hasta los 2 años y es denominada por

⁴ R. Jakobson Lenguaje infantil y afasia. Ayuso. Madrid. 1974. Pag.42

los lingüistas como “semiótica”. El niño asimila la lengua identificando las imágenes acústicas que recibe de los adultos con las intenciones semánticas que les atribuye. Por su parte, emplea esos sonidos en contextos similares, como si fueran etiquetas. Durante el primer período de esta segunda etapa, suele amalgamar varias unidades fonéticas ya diferenciadas acústicamente, en un enunciado global de significación fija que los lingüistas califican de “holofrases” y distinguen una etapa que denominan holofrástica.

Es indudable que con el primer baño de lenguaje el sujeto se constituye en tanto sujetado a las significaciones del Otro. El matema de Lacan “s(A)” (significado del Otro inducido en mí) extracta lo esencial de la plataforma subjetiva desde donde el sujeto comprende los enunciados, habla y se piensa, en la etapa previa a la incorporación de la estructura fonológica del significante.

El baño significante inicial, en cierto modo consume un acto de transmisión simbólica. Aportará al sujeto las formas preliminares de su identidad, junto a su inclusión en la lengua materna y la pertenencia a normas sociales y pautas culturales que trascienden la omnipotente autoridad de la palabra primera. Pero para que la relación del sujeto al significante no permanezca bajo dominio del deseo del Otro, es necesario que conquiste un operador estructural del lenguaje que le permita desujetarse de la imperativa carga semántica. Antes que eso se produzca, el niño vive en la mansión del lenguaje como un invitado que se encuentra impedido de disponer del mobiliario a su gusto.

Quiero subrayar que cuando Jakobson hace referencia a la adquisición por parte del niño de propiedades lingüísticas cuya constancia y regularidad es de carácter universal, se refiere exclusivamente a las distinciones articulatorias de las unidades sonoras y no a las de carácter significativo. Es

por este sesgo, por el lado de la estructura fonológica, donde podemos buscar la transmisión de una ley del lenguaje que trascienda los gustos y disgustos, las tradiciones o consensos familiares y sociales que establecen el valor semántico de las palabras.

Llego así a la siguiente deducción: la transmisión del significante quedaría a mitad de camino si el receptor no logra leer a la letra el mensaje recibido. No digo entender sino leer, es decir, que el niño haya completado el proceso de adquisición del sistema fonológico de la lengua materna para poder separar el significado de la palabra de su soporte acústico. Esta sería la tercera y decisiva etapa en la transmisión de la estructura del significante. Comparable por la magnitud de sus efectos a la conmoción histórica del descubrimiento de la escritura alfabética. En la perspectiva de Lacan, esta última etapa se correspondería con la estructuración de la cadena significante en tanto inconciente.

Al final de este trabajo me limito a señalar una punta a seguir en torno a la pregunta planteada acerca de la transmisión del significante. Ella gira en torno al misterioso matema de Lacan llamado Significante Falo escrito con la letra griega Φ , para lo cual seleccioné solo un brevísimo pasaje extraído del seminario "Le Sinthome". Luego a señalar la implicación lógica de dicho significante como soporte de la cuarta cuerda del nudo borromeo, dijo:

*Es precisamente por eso que vuelvo a mi Φ , mi Φ mayúscula, que también puede ser la primera letra de la palabra fantasma. Esta letra sitúa las relaciones de lo que llamaré una **función de fonación, esa es la esencia del Φ ...**⁵*

⁵ J. Lacan. Sem XXIII. *El Sinthoma*. Clase 17/3/76. Traducción R. Rodríguez Ponte. EFBA